

se decía que era más rico que Crespo), pidió al Cabildo toledano un empréstito, que éste otorgó con gusto.

Gentes de Alcalá, al mando de Pedro Castillo; Villarroel, al frente de los de Torrelaguna, Uceda y Talamanca; Meneses, con los de Talavera y los famosos ballesteros de Puente del Arzobispo; Bustamante, con los de La Guardia, Lillo y El Romeral; Juan Montano, con los de Mora y Villaverde; Sancho Pérez, con los de Illescas; Alvaro de Salazar, con los de Toledo, y así otros muchos con las del resto de España, fueron formando el ejército del «fraile», mientras éste salía de Alcalá con gran acompañamiento, camino de Toledo, para continuar después a Cartagena, de donde debía de salir la expedición, murmurándose por pueblo y soldadesca ser cosa chistosa que el Cardenal fuese a la guerra, mientras el Gran Capitán, Gonzalo de Córdoba, estaba en Loja «rezando rosarios».

El Cardenal señaló para el 15 de abril el embarque de las tropas, procurando que ocho días antes estuviesen en Murcia, mientras que en Cartagena se hallaba reunida una armada de diez galeras y doscientas ochenta naves menores, con muchas barcas auxiliares y catorce mil hombres de desembarco, demorándose la salida cerca de dos meses por los numerosos alborotos e indisciplinas de aquella gente de guerra, y principalmente del conde Navarro, que censuraba públicamente al Cardenal y repugnaban sus órdenes, sobre todo cuando el fraile le afeaba su conducta del escamoteo de las pagas de la tropa y cobrar muchas plazas supuestas, suponiendo más hombres de los que había. ¡Cómo se ha repetido siempre esta triste historia!

Los tumultos eran frecuentes, pues la presencia del Toledano daba a la empresa un matiz de seriedad y grandeza que no se ajustaba con el bajo nivel de aquella soldadesca y chusma de aventureros y almogávares, que no pensaban sino en saquear y robar por aquellas costas.

Otros tumultos eran ocasionados por la falta de paga a las tropas; pero el día que embarcaron se les pagó a todos a bordo de la nave capitana, y ya Cisneros, con sus tropas, se hizo a la mar al rayar el miércoles 16 de mayo de 1509, llegando al anochecer del siguiente día al puerto de Mazalquivir, surgiendo inmediatamente el primer conflicto sobre si se habría o no de desembarcar la caballería, innecesaria por lo montuoso y abrupto del terreno, según unos, o por la enemistad de Navarro con el jefe de dicha arma, Villarroel, a quien quería anular a costa incluso de comprometer la empresa, oprobiosos hechos que aún se repiten hoy en día. Menos mal que Cisneros dió la tajante orden de desembarco, que de haberse hecho a tiempo se hubiese ganado el doble.

Orán contaba entonces con 6.000 vecinos y un buen recinto amurallado, siendo ciudad libre de activo comercio, pero al mismo tiempo nido de piratas, aventureros y maleantes internacionales.

El Toledano, muy desmejorado y flaco, desembarcó con pocas señales de fatiga, no obstante el ajetreado viaje marítimo, que hizo más mella en su gente, y montando en una mula, revestido de pontifical, se puso al frente de sus batallones con la cruz primacial en una mano y la espada en la diestra, arengando al mismo tiempo a sus gentes, recordándoles los estragos de muertes y robos que los moros hacían en las costas españolas, gritándoles que tenía a mucha honra el pelear y morir con sus soldados por defender dicha causa. Pero los capitanes, al ir a entrar en batalla, le obligaron a retirarse, ya que aquél no era su puesto.

Las tropas de Guadalajara fueron las primeras en establecer contacto con el enemigo, sirviendo después de apoyo a las huertes montañeras. Su valeroso capitán, Luis Contreras, que era tuerto, encontró la muerte peleando en vanguardia, y cortándole la cabeza los enemigos, la mandaron a la plaza para animar a los defensores, diciéndoles ser la del Cardenal. Pero los cautivos, que le conocían,

deshicieron el engaño, teniendo los moros por fatal presagio que fuese tuerto.

Por entonces se venía hablando por el campo de batalla de una supuesta «estratagema» que el Cardenal había urdido para apoderarse de la plaza de Orán, que una vez conocidas sus cercanías, decidió sitiaria, poniendo grandes guardas en las costas y por la parte de los valles, precauciones que contribuyeron más que todas otras para la conservación de las tropas y alcanzar la victoria que se reportó.

A todos extrañó entonces el que, dispuesta la ciudad para largo sitio, se tomase en tan pocas horas. Pero después se dejó decir por algunos esclavos que el Cardenal había tenido inteligencia dentro de Orán con sus propios ciudadanos, que habían cerrado las puertas a los mismos árabes que iban en su auxilio, so pretexto de que la saquearían y sujetarían después de haberla defendido.

Se corría la voz de que el Cardenal sustentaba buenos espías, causa principal del éxito de su plan, aunque éste le costase buenas doblas de oro, pero que podían darse por bien empleadas al evitar el derramamiento de mucha sangre.

La popular presunción de los vecinos de Orán, al suponer que hubo complicidad en la rápida toma de aquella respetable plaza era, al parecer, efectiva, pero ignoraban quiénes habían sido los sobornados.

Parece ser que en el Archivo de Simancas existieron unos documentos probatorios de estos hechos, los que pasaron después a Orán (de donde desaparecieron posteriormente, al parecer, intencionadamente), y en los cuales constaba «una donación para sí y sus descendientes de ciertas fincas, y del ejercicio de ciertos cargos a determinadas familias judías, que de ello hicieron sólido argumento, pretendiendo impedir la expulsión de los judíos de Orán (que sólo se hizo en tiempos de Carlos II), por haber ayudado a las tropas del Cardenal a su entrada en la ciudad, que de ese modo pudo resultar incruenta» (35).

¿Influirían en el ánimo de los israelitas oranenses las excitaciones de los sefarditas convertidos al cristianismo, para que aquéllos entraran en contactos secretos con el Cardenal, a fin de facilitar la conquista de su hermosa y rica ciudad? Lo cierto es que los hebreos de la populosa urbe facilitaron al Cardenal y sus tropas la adquisición de aquella perla del Africa, que tantos días de luto y desolación habían estado sembrando en las costas ibéricas.

Hemos visto cómo en la conquista de la temida Orán hubo hábil preparación, valor sobrado, patriotismo ingenuo, medios superabundantes, perfecta dirección, insuperable astucia, inesparrada estratagema concebida por aquel humilde franciscano en aquella batalla política llena de santo patriotismo, y a quien la ciudad conquistada le rindió el más leal y acendado de los respetos, cuyos naturales y soldados llamaban el «Santo Conquistador», privilegiado ingenio de su época.

Si llegó a ser o no cierta esta estratagema, la descripción que de aquella batalla han hecho sus biógrafos, lo mismo lo pueden apoyar que contradecir, pues por un lado vemos lo rápido de su conquista, con escasas bajas en el campo español, y por otro, la gran mortandad en el campo sarraceno, que de haber sido cierta la entrega de la plaza, habría sido menos cruenta la batalla. Veamos, pues, aquella rápida campaña sin estratagema.

Nuestra escuadra, por orden de Navarro, atacaba por mar, distrayendo fuerzas de los defensores, mientras las tropas ganaban terreno por tierra apoyadas por la artillería, aunque ésta no era muy numerosa, tomándose así la sierra al filo del oscurecer. A Navarro le pareció temera-

(35) Cisneros escribía al Vicario de Toledo, Dr. Villalpando: «... que cierto ha sido más por misterio que por fuerza de armas, según la gran fuerza de la ciudad...»

rio atacar plaza tan fortificada durante la noche, y consultando al Cardenal, como generalísimo responsable, éste le respondió con esta lapidaria frase que la Historia ha conservado: «Atacad al punto al enemigo, porque estoy cierto que alcanzaréis una gran victoria». Y poniéndose Navarro al frente de un grupo de escogidos soldados de los Tercios de Italia, comenzó el más horrendo y encarnizado combate de la época, donde se peleaba sin orden ni capitanes, cada uno como mejor podía entender, hasta el punto de que los moros les volvieron la espalda, siendo acuchillados en su desordenada huida, llegando hasta las mismas puertas de la ciudad, que al no ser franqueadas a los fugitivos, fueron allí mismo sacrificados por la terrible infantería de Navarro, escalando acto seguido las guardias del Cardenal los muros del recinto, sin escalas ni cuerdas, únicamente ayudados por las picas, entrando su capitán, Sosa, con gentes de Guadalajara, enarbolando el ajedrezado estandarte del Cardenal, que fué clavado en lo alto de los adarves, abriendo acto seguido las puertas, por donde se derramó como un torrente todo el ejército, que con espada en mano pasó a cuchillo a más de cuatro mil moros, haciéndoles al mismo tiempo ocho mil prisioneros.

En medio de esta crueldad y dureza, también se vieron algunos actos de piedad y humanidad, contándose que una niña de pocos meses, entre los sangrientos montones de cadáveres, mamaba con avidez el pecho de su madre muerta, pareciéndose ver en su pálido rostro el temor de que su hija, en vez de leche, bebiese su sangre. Vió la escena Jorge Baracaldo, secretario de Cisneros, y tomando a la criatura en sus brazos vestidos de hierro, trajóse a España, donde la crió a su costa.

Fué tan rápido el asalto de las recias y altas murallas, que los mismos que lo ejecutaron lo tenían después por imposible, probando de repetirlo sin poder llevarlo a efecto.

El Cardenal visitó al día siguiente la ciudad, no pudiendo cabalgar a causa del crecido número de cadáveres que le impedían andar. El botín fué inmenso, hablando todas las naciones de la empresa, siendo el mismo Cardenal el que por su mano abrió las lóbregas mazmorras, liberando a más de 300 cautivos que volvieron a ver la luz del día.

La plaza se mantuvo en poder de España hasta que, en el miserable reinado de Carlos IV, fué abandonada, ocupándola los franceses en 1831. ¡Paradojas del destino!

El Cardenal, una vez terminado su cometido, y dados los calores que en Africa perjudicaban su salud, pensó volverse a su diócesis, en evitación también de tener roces con Pedro Navarro, que «estaba pasmado de sí mismo al ver que obedecía órdenes castrenses de un fraile, y que sólo se jactaba de tener envidia a un hombre con capucha». Evidentemente, se estorbaban el uno al otro, sobrando uno de ellos, llegando a ocurrir lo que era inevitable, pues a los tres días de la conquista de Orán, hallándose el Cardenal en su despacho en compañía de su secretario, entró descompuesto Navarro, insultándolo groseramente, y perdiéndole del todo el respeto le dijo así: «Que si él fuese dueño de los soldados, ejecutaría lo que debía; que se metiese a gobernar su grey y le dejase a él los cuidados de la guerra; que acabase de entender que su persona, lejos de ser necesaria, era embarazosa; que se volviese a su Arzobispado a recoger el fruto de las alabanzas, y que si quería quedarse allí entendiéndose que, desde aquel momento, expiraba su autoridad en la milicia, y que cuanto se obrase en ella sería sólo en nombre del Rey, pues el mando de Su Señoría había terminado con la conquista de Orán». Dicho esto, le volvió la espalda y se fué, callando Cisneros, sin rebajarse a tan bochornoso nivel, dominando su carácter en esta ocasión e incluso robusteciendo la autoridad de Navarro, antes que castigarle, ya que más graves hubiesen sido las consecuencias, para los fines de la conquista, de haber roto con él.

Pero aún peor fué para el espíritu del Cardenal la infamia que descubrió en una carta del Rey, dirigida a Nava-

rro, en la que le decía, *con equívoca buena fe*, «que procurase retener al buen hombre por Orán, pues siendo ya anciano y valetudinario, trabajaba en su perjuicio», dejando entrever que si moría en aquella empresa, no lo sentiría gran cosa.

Conoció el anciano Cardenal toda la doble intención de aquella carta, viendo en ella una ingratitud sin nombre hacia la persona que tan bien le servía, incluso con sus caudales, que nunca devolvió, y así, determinó su regreso a España el 20 de mayo, portando para su Rey la parte de botín que le correspondía, y muchos libros para la Universidad de Alcalá, adonde se encaminó desde Cartagena, huyendo con su incógnito de todo aplauso y distinción honorífica y rehusando la invitación del Rey para que fuese a Valladolid, donde estaba la Corte. Llegado a Alcalá, no quiso entrar por las puertas de honor, como lo hizo su acompañamiento, sino por otras más secretas y recatadas, con la misma naturalidad con que entraba cuando regresaba de sus visitas pastorales, demostrando una vez más su grandeza de alma y elevado espíritu. («Non nobis Dómine, sead nomini tuo la gloriam.»)

El Rey, aun después de haberle invitado a su Corte, no por ello le hizo gracia la vuelta del Prelado, ordenando a Pedro Navarro seguir sus conquistas en Africa, tomando a Bujía, Túnez, Tremecén y Trípoli en 1510; pero su estrella se eclipsó en el terrible desastre de la isla de los Gelbes, donde murieron más de 4.000 españoles con el insigne don García Álvarez de Toledo, primogénito del de Alba (hecho ya reseñado en otro lugar), huyendo Navarro y cayendo poco después prisionero de los franceses en la batalla de Rávena, traicionando a su rey y patria, empleando el resto de su larga vida en pelear contra sus propios paisanos.

Después de esta derrota fuimos perdiendo, con la misma facilidad que las ganamos, todas las plazas citadas, menos Orán, y algunas, como Túnez y Argel, costaron años después mucha sangre española, hasta que en 1792 abandonamos estúpidamente el último baluarte, Orán, donde aún parecía flotar la sombra del Cardenal, para que treinta y nueve años después el general francés Reger plantara la bandera tricolor en sus almenas.

23.—CONTINÚA EL EQUÍVOCO COMPORTAMIENTO DE DON FERNANDO CON CISNEROS. HECHOS AISLADOS DEL CARDENAL. ALGUNAS DE SUS CONSTRUCCIONES.

Como ya se ha venido diciendo en el curso de estas páginas, el Rey no podía desclavarse la espina que tenía en el corazón desde el nombramiento de Fray Ximénez para la Silla toledana, en detrimento de su hijo natural, el Arzobispo de Zaragoza; pero el Católico necesitaba de sus servicios, aunque por temperamento y distinta «nacionalidad» se repelían, buscándose por cálculo o por precisión.

Cisneros es un «castizo castellano»; Fernando es un cerrado aragonés, y como tal, mirado con cierto reparo y apasionamiento, desconfiando el Arzobispo de todos los personajes que el Rey había traído de su reino, y procurando ir desterrándoles de Castilla, donde habían arribado en gran número, traídos para ocupar los cargos públicos. Este regionalismo, que aún dura en ciertas provincias, ¿cómo no iba a estar entonces exacerbado, no obstante buscar hacer una patria grande y común?

Entre tanto, Cisneros, como ya se dijo, entraba en Alcalá poco menos que de incógnito a su vuelta de Africa; pero la ciudad se volcó materialmente en festejos y agasajos al conquistador de Orán, pasándose así dos meses, durante los cuales recibió repetidas solicitudes que con ficción diplomática le enviaba Fernando para que se trasladase a la Corte. Pero Cisneros, que sabía el terreno que pisaba, tomó el camino de Toledo para dar gracias a la Virgen del Sagrario, volviendo acto seguido a Alcalá a

entender en los asuntos de la construcción y marcha de su Universidad, no olvidando tampoco mientras vivió aquel oasis oránés en medio de la barbarie africana, a la que siempre protegió, y que si esta brillante empresa no tuvo los resultados que se esperaban fué debido a la tacañería del Rey, y por poner la administración de la plaza en manos de Navarro, en vez de hacerlo en hombres civiles, o incluso en el Gran Capitán, con el que por celos se había enemistado.

Ya indiqué anteriormente que el conde Navarro era un valiente (aunque voluble) militar. Terminada la campaña de Orán, quedóse de gobernador de la plaza, pero con tal desbarajuste y avaricia, que se clamaba por su destitución. Vianelo y Navarro hacían traer todos los granos a sus depósitos, para que nada se distribuyese sin su orden, con objeto de encarecer los que en ella había, de tal for- bajo precio harinas de ínfima calidad, vendiéndolas a peso de oro, dado su acaparamiento (lo de siempre). Se prohibió a los lugares vecinos que mandasen víveres a la plaza, con objeto de encarecer los que en ella había, de tal forma que con estas malas artes estraperlísticas se hicieron con cuantiosa fortuna.

Por otro lado, Cisneros trató de resarcirse del dinero prestado al Rey para esta campaña. Pero la gratitud y la esplendidez no fueron virtudes salientes de Fernando, negándose a reintegrar al Cardenal los gastos causados, según lo tenían estipulado en el asiento que firmaron, y que ascendieron a más de treinta millones de maravedises, mandando decir el aragonés, por boca de sus tesoreros, que «no tenía derecho para pedir aquellos recobros, puesto que los intereses y despojos que se había tomado en la plaza excedían con mucho a la suma del empréstito».

El que pidió cuentas al Gran Capitán, que repartía condados entre sus amigos (cosa que Gonzalo tomó a risa), se las pidió a Cisneros, que con levantada virilidad toleró que un comisario del Fisco reconociese sus cuentas y palacios, para sacar únicamente en claro unos libros y algunas curiosidades traídos a la Universidad, llegándose incluso en esta violencia a ejecutarla con sus servidores y los mismos labriegos que habían hecho la guerra, siendo la vergüenza y afrenta de los comisarios y autoridades que lo ordenaban...

Cisneros, dentro de su virtud, vió con altivo desprecio todos estos manejos sin darse por resentido ni romper con el Rey, esperando en silencio el justiciero fallo de la Historia, refugiado en la verdad y en su conciencia, diciéndose por algunos cronistas que Fernando llególe a insistir en la proposición que dejase la Mitra toledana, o la permutase por la aragonesa que su hijo bastardo disfrutaba. Cisneros, muy dignamente, le respondió que «antes se volvería a la pobreza y retiro de la observancia, que someterse a estos manejos», y esto también hubiese sido imposible siendo, como era ya, Cardenal.

Por fin, el Rey, tal vez arrepentido o avergonzado, resarció a Cisneros de sus gastos, pensando a la par que aquél odiado hombre le iba a ser necesario, ya que reconocía en él un imprescindible y noble colaborador para el reino.

Por estas fechas (1513) construyó el Hospital de la Caridad en Illescas; San Juan de la Penitencia en Toledo, y otro en Alcalá. El convento de Torrelaguna, magnífico cenobio franciscano, con soberbia iglesia, de cuyas obras se encargó el arquitecto Campero.

En esta época se planeaba la construcción de la nueva catedral de Salamanca, acudiendo al reclamo de más gloria y retribuido trabajo muchos arquitectos, entre ellos el tal Capero, que en ausencia de Cisneros abandonó la obra, haciendo caso omiso de los contratos firmados con el Cardenal, huyendo a Salamanca. Pero Cisneros, al enterarse, mandó a Pedro González Valera para que se lo trajera preso por incumplimiento de contrato. Llegado a oídos del arquitecto, fué tal el pánico que le entró, por no ignorar

el carácter del Prelado, que viéndose perdido, huyó a refugiarse en una iglesia de asilo, sin haber fuerza humana de sacarle de allí, rodeado de perros, que le custodiaban de noche por si le sorprendían durante el sueño.

Por fin, y con un seguro bajo la palabra del Cardenal, se presentó en Madrid, alegando que las obras de Torrelaguna le ocasionaban quebrantos económicos, por lo que Cisneros le añadió 40.000 ducados más al contrato, ordenándole lo terminase cuanto antes. Pero las prisas por marchar a Salamanca hicieron que las paredes perdieran su aplomo, siendo necesario derribarlas hasta los cimientos. El Cardenal no se perturbó, pues diciendo que «el errar era de hombres» ordenó proseguir las obras con más alientos y grandeza que antes, gastándose elevados caudales.

Una vez terminado, fué espléndidamente dotado de ornamentos, tapices, alfombras, vasos de culto, vajillas talaveranas de gran valor y multitud de otras preseas artísticas, hasta que el fatídico Napoleón Bonaparte, primero; las revoluciones, la desamortización y el odio al arte y las tradiciones, ayudaron al inexorable correr de los años a dejar las escasas y gloriosas ruinas en el estado que hoy contemplamos contristados. (Véase en la página 5 del primer fascículo las ruinas de este monasterio.)

Respecto a la catedralicia iglesia parroquial de la misma ciudad, aunque fundada en el siglo XIII, Cisneros la reedificó, viéndose en su torre los escudos de la Villa y del Cardenal.

En uno de los costados estuvo la casa del Cardenal, señalada hoy por la cruz descrita al principio de esta biografía, casa en la que vivió su hermano segundo, Juan. Cisneros la hizo levantar de nueva planta, fundando un mayorazgo para su sobrino Benito, restaurando así la modesta hacienda de su familia.

Junta a la iglesia se ve la Casa Consistorial, llamada antes la «Casa del Pósito», o «Los Graneros», por haber sido construída para este fin por el mismo Cardenal. Con puerta ojival, el escudo de Cisneros en las columnas de piedra y en las puertas de madera, la lujosa sala de sesiones (antiguo granero) que presidía el retrato de Cisneros, y por último la afiligranada inscripción gótica sobre el depósito de trigo (ya descrito), en tiempos del corregidor don Juan de Guevara, y regidores Hernán Sanz de las Armas y Alonso Santurde.

Además del pósito, costéó una conducción de aguas para la Villa, captada a dos leguas, con un costo de un millón de escudos, y por último, frente a la fachada principal de la parroquial, fundó el convento de monjas concepcionistas, hoy en ruinas, y que formaba uno de los lados de la gran plaza.

24.—DON FERNANDO VUELVE A SU ANTIGUO APOGEO POLÍTICO. GUERRAS DE ITALIA. ANEXIÓN DE NAVARRA.

Cisneros, enfrascado en los asuntos constructivos de su Diócesis, se alejaba todo lo posible de la Corte. Pero Fernando, por encima de todos sus celos, contaba con el Cardenal para los más graves negocios del Estado, olvidando éste los inmerecidos desprecios del aragonés. Así, pues, en la Cuaresma del 1510, escribe el Rey al Arzobispo, que se hallaba en Alcalá, una respetuosa y cariñosa carta, rogándole viniese a Madrid a cuidar de la educación y custodia de su nieto Fernando, encargándole al mismo tiempo el gobierno de Castilla, mientras él iba a Monzón a presidir las Cortes de sus estados de Aragón.

Allí recibe la gran nueva de la toma de Trípoli por Pedro Navarro, escribiendo al Cardenal una famosa carta dándole cuenta del fausto suceso, y que así decía: «Reverendísimo en Xto Padre Cardenal Despaña, Arzobispo de Toledo, Primado de las Españas, Chanciller mayor de Castilla, e Inquisidor general en la heretica gravedad, nuestro muy caro e amado amigo».

(Continuará.)

ESPAÑA A LAS PUERTAS DE MADRID

EXPLICACIÓN DE LA PORTADA

densa todo el espíritu de la raza. Madrid marca, un poco, como las horas de toda España. Y cuando Madrid perdió su pulso y su ritmo, el resto de sus hermanas, las provincias españolas, que le habían conservado intacto, se volcaron sobre ella para que este corazón alegre volviera a latir. Y el primer nuevo latido de este corazón para España marcó una efemérides de júbilo.

Desde entonces parece que se mira con más cariño a Madrid; con el amor renovado y antiguo que se siente por todo lo que en una hora triste se fué de nuestro lado y que hemos recuperado con un esfuerzo tenaz, con lágrimas y, como en este caso, con sangre.

Si toda España mira con mimo a Madrid en todo tiempo, desde aquellos años que marcan su efemérides más trágica, las provincias españolas han querido tener una presencia más efectiva en la Villa. Y periódicamente hacen su peregrinación y se asientan a las puertas de Madrid. Donde en un tiempo estuvo España entera vigilante, arma al brazo, para el rescate de Madrid, ahora llega con júbilo como en una ofrenda reverencial. Bajo el sol radiante de mayo surgen el cortijo andaluz, la masía catalana, el hórreo asturiano, la casona montañesa, el caserío vasco... España se para a las puertas de Madrid con su arquitectura, con sus costumbres y sus canciones, con las muestras todas de su esfuerzo. Y al frente de este desfile provinciano, la provincia de Madrid, que abre y preside el certamen con el pabellón de la Diputación Provincial, que es como el pórtico de este gran homenaje.

Por unos días Madrid es el auténtico aglutinante de España entera, merced a la Feria del Campo. Con ella, España viene a Madrid. Y donde antes detonaba la dinamita y tableteaba la ametralladora, ahora resuenan las músicas y los cantos alegres de paz de una España jubilosa que sienta sus reales a las puertas de Madrid, como el ejército del trabajo, de la fe y la perseverancia en una lucha incruenta para que el pulso y el ritmo de nuestra Patria no vuelvan a interrumpirse.

Por GERARDO DE NÁRDIZ



REVISTA EDITADA POR LA EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL DE MADRID.